

Ricardo Rozzi

Francisca Massardo

En el número anterior publicamos un homenaje a don Silvio Rozzi, preparado con motivo del Tercer Seminario de Naturópatas de Chile. En esa oportunidad enfatizamos 3 aspectos que nos parecen significativos en su obra:

1) La perseverancia y promoción del naturismo en un medio liderado por médicos radicalmente escépticos a tales prácticas. Al respecto destacábamos con asombro cómo tal actitud en la actualidad ha cambiado y un numeroso grupo de científicos se dedica a la investigación de los compuestos químicos que dan cuenta de las propiedades terapéuticas de las plantas. Por ejemplo, en una publicación reciente acerca de la química de la flora chilena, los investigadores Dr. Silva y Dr. Bittner resumieron el trabajo de más de 20 años del Laboratorio de Química de productos Naturales de la Universidad de Concepción. Ellos enfatizan que el 25% de las drogas prescritas y altamente purificadas son de origen vegetal, y analizaron dos aspectos en especies chilenas:

- actividad anticancerígena en extractos de 519 especies y obtuvieron respuesta positiva en 159 especies,
- actividad antimicrobiana en extractos de 276 especies y obtuvieron respuesta positiva en 92 especies.

Sin embargo, los estudios fitoquímicos distan mucho de haber agotado el terreno en Chile, como señalan los investigadores Dr. Schuneda, Dr. Torres y Dr. Muñoz menos del 10% de las plantas chilenas han sido sometidas a estudios químicos.

2) La integración de los hábitos de vida, alimentación, vida síquica, ritmos fisiológicos y sexual en la concepción de la salud; frente a la academia que concentraba su mayor atención en el suministro de fármacos sintéticos u otras acciones terapéuticas que comenzaban sólo al momento de manifestarse sintómicamente la enfermedad. Respecto a esta concepción integral de la salud, observamos el actual auge de la medicina preventiva y el énfasis que ésta hace en el deporte, hábitos alimenticios y de vida.

3) El lenguaje coloquial, la afectividad y el humanismo en don Silvio lo llevaban a preocuparse por hombres íntegros en vez de órganos con desperfectos. Respecto a este punto coincidíamos en el llamado autocrítico de los médicos por volver a preocuparse de los pacientes como personas íntegras, en vez de que el nefrólogo escudriñe sólo un riñón o el cardiólogo lea un electrocardiograma.

En este artículo queremos destacar respecto a la visión integrada de la salud y la medicina preventiva que mi abuelo insistía siempre en la recomendación de consumir los frutos y hierbas frescas. Para obtener frutos, hojas o raíces tiernas podemos cultivarlas en nuestros huertos o acudir directamente al productor quien nos proveerá de cosechas recientes, o en el caso de las especies silvestres ir al campo a recolectarlas. En cualquiera de estos casos es necesaria la convivencia con las plantas y el reconocimiento de cada una de las especies. Esta convivencia con las plantas se integra con la actitud cotidiana y humanista de don Silvio, puesto que nuestro afecto por las plantas pasa por quererlas, conocerlas y cuidarlas, y nos determina

sensaciones y afectos que brotan como una vertiente refrescante en medio de un mundo tecnológico a ultranza.

Este reconocimiento de las plantas no se adquiere espontáneamente, sino que se requiere de un esfuerzo de observación y contacto con ellas. En base a estas consideraciones queremos referirnos a nuestras amigas las plantas chilenas. Primero, diremos en relación a la valoración del naturismo e interés de los científicos por los compuestos vegetales con propiedades terapéuticas que nuestra flora es muy rica y diversificada. En Chile crecen 5215 especies de plantas. Esto está relacionado con la gran heterogeneidad climática y de tipos de hábitat, asociada a los gradientes latitudinales (desde el nivel Grande hasta el territorio antártico), altitudinales (desde el nivel del mar hasta casi los 7000 mts. s.n.m.) y las características topográficas presencia de valles transversales con laderas de distinta exposición lo que determina laderas cálidas -que miran hacia el Ecuador- y laderas más frías y húmedas -las que miran hacia el Polo Sur-. Además, el carácter insular de Chile, debido al aislamiento determinado por las barreras naturales del desierto de Atacama, océano Pacífico y cordillera de los Andes, ha determinado un curso de diferenciación evolutiva independiente de otras floras lo que explica que muchas de las especies crezcan sólo en Chile.

Pese a su interés las plantas chilenas son en su mayoría desconocidas.

Como advierte la notable investigadora colectas florísticas en una escasa

*Los bosques nativos están siendo literalmente arrasados para convertirlos en astillas, lo cual está causando la destrucción de gran diversidad de especies que crecen en su soto-bosque.*

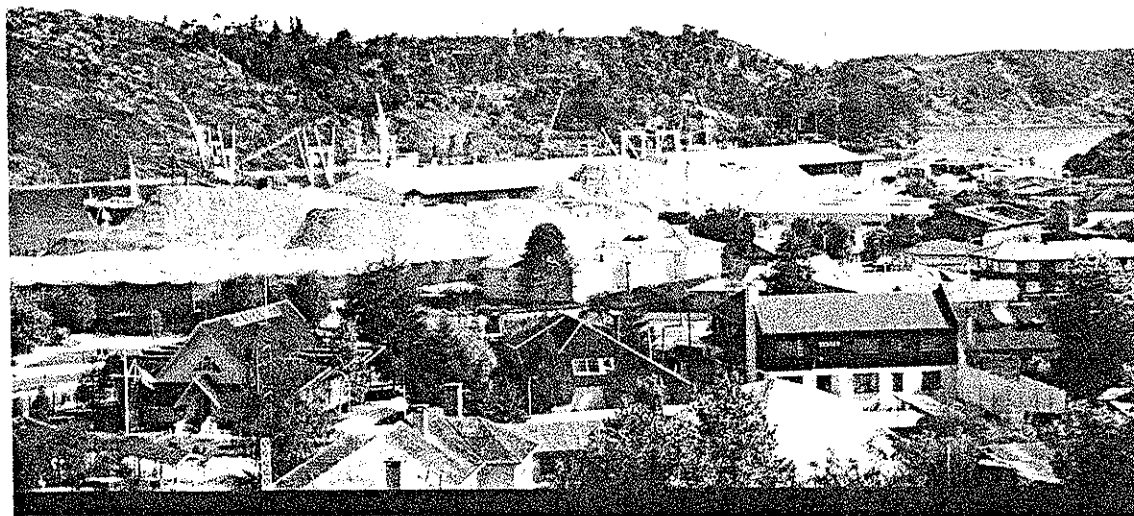
# Plantas Medicinales Chilenas

proporción de la superficie de Chile, y la flora de la mayor parte del territorio chileno permanece aún sin ser adecuadamente explorada. Esto es especialmente

drumático para las comunidades forestales, puesto que los bosques nativos están siendo literalmente arrasados para convertirlos en astillas. El golpe de gracia viene después de su tala, cuando una vez cortados son reemplazados por plantaciones de especies introducidas, principalmente de los géneros *Pinus* y *Eucalyptus*, lo que impide el rebrote de los árboles nativos, y con ello también el crecimiento de las

hiedras, enredaderas, arbustos, hongos, líquenes asociados a estas formaciones boscosas, lo mismo que insectos, gusanos, aves, sapos, lagartijas, roedores, ciervitos y marsupiales que habitan en ellas. Estos cohabitantes nativos se encuentran repentinamente con un medio en el que no pueden desarrollarse debido a que el pino no permite el desarrollo del sotobosque nativo bajo su dosel, dejando así sin alimento o lugar de anidamiento, o sin un ambiente de humedad apropiado. Además, el pino y el eucalipto provocan otros efectos como la desecación del suelo, la formación de una capa de hojas que por su constitución al caer no se degradan, y pueden también introducir pestes y parásitos para los cuales nuestra flora y nuestra fauna no están preparados. Es muy contrastante entrar a un bosque de pino donde sólo crecen pinos silenciosamente, para luego internarse en un bosque nativo bullente de diversos olores y cantos de aves, sapos e insectos, en medio de la enmarañada diversidad de plantas.

Paradójicamente esta ebullición de vida fue eclipsada por los modelos y cánones estéticos impuestos por nuestros colonizadores del hemisferio norte, así por ejemplo



Montaña de astilla en el puerto de Angelmo (Puerto Montt)

encontramos que en la Plaza de Armas de Santiago crecen 205 árboles y 204 de éstos son exóticos. Sólo se encuentra un pimiento en representación de los nativos. Este ejemplo, que se repite a lo largo de las plazas y parques de Chile, habla de cuán poco hemos valorizado a nuestras amigas las plantas chilenas. Pienso que esta abismante subvaloración nace del casi total desconocimiento que tenemos de nuestra flora y fauna. Ésto comienza en la época escolar cuando el profesor de Ciencias Naturales nos enseña lo que es un fruto con una manzana en la mano. Rara vez el maestro coleccionará frutos de maqui o arrayán para enseñarlos. Lo mismo ocurre en la enseñanza superior de la ingeniería forestal o agronomía. Para los cercos cortavientos se plantan álamos, eucaliptos o pinos, escasamente se encuentran algunos compuestos de maño o notro. Las reforestaciones se basan en plantaciones de especies introducidas, para las cuales las naciones desarrolladas han estudiado vastamente las necesidades de crecimiento y han construido maquinarias apropiadas para su explotación, relegando nuestro bosque nativo al destino de astillas. Así mismo, en el momento de plantar en nuestros jardines o huertos pensamos habitualmente en dónde ubicar un rosal,

un jazmín o una camelia, olvidando al sagrado árbol mapuche, el canelo, o a una patagua con sus campanitas blancas al florecer. El mismo rol secundario juegan nuestras plantas respecto a nuestros hábitos alimenticios y terapéuticos.

Recomendamos elogiosamente la manzana y los limones, en cambio, poco o nada sabemos de nuestras avellanas. Con las honrosas excepciones del boldo y bailahuén, los té de hierbas que amablemente se nos ofrecen en los salones corresponden a las extranjeras manzanilla, menta, cedrón, llanten o ruda. Creemos que esta disparidad determinada por el colonialismo del Hemisferio Norte puede cambiarse en la medida que comencemos a convivir con nuestras plantas nativas. El primer paso en esta convivencia es quitar el velo y darnos cuenta que están ahí, y para eso debemos aprender a observarlas y reconocerlas. La identificación de las especies nos permitirá reconocerlas en el campo, o aún cultivarlas en una huerta o un macetero. La rutina de estas actividades nos llevará a conocer las épocas de crecimiento, de floración y fructificación de cada especie y así decidir la época apropiada para su recolección. ■